



## “LUGARES DESDE LOS QUE MIRAR EL MUNDO”

por Estrella de Diego

Aquella mañana, frente a las obras de Carlos Díaz de Bustamante, se me vinieron a la cabeza tres viajes míticos del Capitán Cook, y aún no consigo descifrar por qué. El primero, a los Mares del Sur, se inició en 1768 y fue patrocinado por la Real Sociedad, primera organización científica de Inglaterra. El segundo, siguiendo la estela de éxito del anterior, resumía un antiguo deseo: dar con la franja navegable que creía atravesaba el continente americano y que tanto podría facilitar las relaciones comerciales entre Europa y China. Fue entonces, durante su explotación hacia el Norte, cuando Cook descubrió Hawaii. Hacia ese punto se dirigía su tercer viaje y esa sería su última expedición: el capitán moriría allí. La historia más reciente cuenta cómo en aquella última expedición, el renombrado Cook, a menudo descrito como ejemplo del viajero de la Ilustración, un explorador, un hombre de mente abierta, sin preconceptos, respetuoso con los rituales ajenos, se mostró como quien realmente era: un descubridor, aquel que organiza un mundo estereotipado a partir de unas creencias científicas inamovibles. Pero no, no es de Cook de quien querría hablar. O no sólo. No quisiera hablar de sus viajes, aunque las primeras expediciones de la Ilustración, casi modernas, me causen una tremenda curiosidad, incluso una melancolía profunda cuya causa nunca consiguió descubrir. Será que, pese al deseo implícito de los viajeros del XVIII, pese a la determinación genuina de los exploradores por tratar de entender al otro, el otro era entonces demasiado diferente, excesivamente aparte para no condicionarlo a la propia imaginación, a un lenguaje propio. Será que, para hacer al otro comprensible para los que se quedaban en casa, era preciso reordenar al otro a partir de parámetros conocidos. ¿Será que el mundo se hizo de repente inverosímilmente grande, más grande que las categorías existentes, que la taxonomía a mano? ¿Será que, pase lo que pase, es imposible huir del relato personal, de la imaginación particular?, quién sabe. Aunque no. No me interesan los viajes de Cook. O no sólo. Me interesan, en primer lugar, los personajes que acompañaron al capitán, los que, frente a los posibles desmanes del descubridor, transportaban a bordo las buenas maneras de los exploradores, los que partían, a pesar de las paradojas y contradicciones que rodean al propio término Ilustración, sin prejuicios, como testigos que tratan de entender los mundos. Era necesario respetar a los que se iban encontrando, había que intentarlo al menos, si bien la condena última fueran el relato personal y la imaginación particular. Quizás por eso Cook decidió eliminar a los científicos del tercer viaje: Malditos científicos y maldita ciencia. No quería testigos molestos. Y me acuerdo de nombre como los que aquellos que le acompañaron en la primera y la segunda expedición: Sir Joseph Banks, botánico, Alexander Buchman, interesado en las formas humanas y los paisajes, el astrónomo Charles Green y Sydney Parkinson, un artista que se especializaba en dibujos de flores y frutas. Sí, tal vez fueron ellos los que regresaron a mi memoria aquella mañana, frente a las obras de Carlos. No sé, tuve la sensación de hallarme ante las colecciones de un viajero, un viajero muy especial, claro, un científico ilustrado que empezaba sólo a taxonomizar el mundo porque el

mundo se había hecho enorme de repente y faltaban casi las palabras y hasta los lugares para ir clasificándolo. Miraba las obras, observaba sus objetos atesorados con paciencia. Carlos no quería poseerlos, quería solo ordenarlos, reorganizarlos, de ahí su posición de viajero ilustrado, lo que yo me imaginaba en mi relato. Acumulados solo no tendrían orden, ni lógica. Y él aspiraba a una cierta taxonomía del mundo, me parece, aunque fuera colocando trampas a la mirada –o precisamente por eso- y a veces las plantas eran conchas y las conchas plantas, como en los dibujos de Parkinson. Sí, el mundo se había hecho demasiado nuevo: era imprescindible inventarlo completo. Como Alexander Buchaman, Carlos iba buscando paisajes nuevos y, más aún, porque había estado en la casa del otro, había aprendido a mirar con ojos despiertos los jardines familiares, los de siempre. Así, desde arriba, parecían tan distintos... Casi ajenos. Igual que el astrónomo Green, Carlos iba buscando nuevas constelaciones, objetos asociados en combinaciones prodigiosas. Y luego, cuando se encontraba con el otro, lo transcribía de esa forma peculiar que lo hacía próximo también para los que nunca habían salido del espacio cotidiano. Sí. Lo que me fascinaba de esas obras era su extraordinaria posición en el margen, en esa franja estrecha que no es aquí y no es allí, como si al hablar de la kashba, al representar a ese Último Emperador o sumergirnos en un Claustro, hubiera una necesidad imperiosa de traducir el mundo, de descifrar el mundo, y al hacerlo, inventarlo otra vez. Igual que Banks, Parkinson y Buchman, Carlos se había pasado recogiendo muestras de civilización, trozos, huellas, y, como sucede en las cámaras de las maravillas, como sucede en las primeras expediciones ilustradas, sus obras creaban ese espacio milagroso donde naturalia y artificialia –las cosas construidas por la naturaleza y las cosas construidas por la mano del hombre- convivían cómodamente. Era necesario ordenar el mundo y, como se había hecho tan grande, de repente, como faltaban espacios y conceptos, Carlos había metido los objetos atesorados en cajas, sólo para intentar reorganizar el universo. Estaban atrapados en esos espacios, de una forma contundente y delicada. Su afán parecía poético más que científico. Cada espacio era un verso y cada objeto dolía un poco, igual que duelen las palabras mientras van saliendo. Cada objeto, al lado de otro impensado, sorprendente, daba al espectador la impresión de haber estado siempre allí, allí donde estaba, en esa caja. Y, sin embargo, pese a la apariencia, no se trataba de cajas. Lo ve ahora, al tiempo que rememoro mi visita de aquella mañana. Carlos construía lugares para mirar el mundo. A veces, como en Cartas a la infancia, invitaba a mirar hacia dentro, a entrar en el lugar. Otras, más secreto, cegaba la visión, cerraba las puertas. Y en algunas ocasiones eran los lugares los que, como ventanas, se asomaban hacia nuestros lugares. Un juego de lugares, al fin, un juego fractal, en cual lo de dentro y lo de fuera se fundían y se confundían en su inquietante propuesta: lugares desde los que mirar el mundo. O los mundos, más bien, porque como entendieron los exploradores ilustrados, cada ventana puede abrir posibilidades infinitas.



“PLACES FROM WHICH YOU SEE THE WORLD”

por Estrella de Diego

*That morning, in front of Carlos Díaz de Bustamante's artworks, three mythical voyages by Captain Cook came to my mind, and I still can't figure out why. The first one, to the South Seas, began in 1768 and was sponsored by the Royal Society, England's first scientific organization. The second one, following the trail of success of the previous one, summarized an old desire: to find the navigable strip that he believed crossed the American continent and that could so much facilitate trade relations between Europe and China. It was then, during his exploration to the North, that Cook discovered Hawaii. His third voyage was headed towards that point and this would be his last expedition: the captain would die there. The most recent story tells how in that last expedition, the renowned Cook, often described as an example of the enlightenment traveler, an explorer, a man with an open mind, without preconceptions, respectful of other people's rituals, showed himself as who he really was: a discoverer, one who organizes a stereotyped world based on unshakeable scientific beliefs. But no, it's not Cook I'd like to talk about. Or not only. I don't want to talk about his travels, although the first expeditions of the Enlightenment, almost modern, cause me tremendous curiosity, even a deep melancholy whose cause I never managed to discover. Could it be that, despite the implicit desire of the 18th century travelers, despite the genuine determination of the explorers to try to understand the other, the other was then too different, too separate not to condition him to his own imagination, to his own language. It may be that, to make the other understandable to those who stayed at home, it was necessary to reorder the other based on known parameters. Could it be that the world suddenly became implausibly large, larger than the existing categories, than the taxonomy at hand? It will be that, whatever happens, it is impossible to escape from the personal story, from the private imagination? who knows. But not. I'm not interested in Cook's travels. Or not only. I am interested, first of all, in the characters that accompanied the captain, those who, faced with the possible excesses of the discoverer, carried on board the good manners of the explorers, those who set out, despite the paradoxes and contradictions that surround the term Enlightenment itself, without prejudice, as witnesses trying to understand the worlds. It was necessary to respect those who were meeting, it was necessary to try at least, even if the ultimate condemnation was the personal story and the private imagination. Maybe that's why Cook decided to eliminate the scientists from the third trip: Damn scientists and damn science. He didn't want annoying witnesses. And I remember names like those who accompanied him on the first and second expeditions: Sir Joseph Banks, a botanist, Alexander Buchman, interested in human forms and landscapes, the astronomer Charles Green, and Sydney Parkinson, an artist who specialized in drawings of flowers and fruit. Yes, maybe they were the ones who came back to my memory that morning, in front of Carlos's works. I don't know, I had the sensation of finding myself in front of the collections of a traveler, a very special traveler, of course, an enlightened scientist who only*

*began to taxonomize the world because the world had suddenly become huge and there were almost no words or even places to classify it. He looked at the works, watched his treasured items patiently. Carlos did not want to possess them, he only wanted to order them, reorganize them, hence his position as an enlightened traveler, which I imagined in my story. Accumulated alone they would have no order, nor logic. And he aspired to a certain taxonomy of the world, it seems to me, even though he was setting traps for the eye -or precisely because of that- and sometimes the plants were shells and the shells were plants, as in Parkinson's drawings. Yes, the world had become too new: it was essential to invent it completely. Like Alexander Buchman, Carlos was looking for new landscapes and, even more, because he had been in the other's house, he had learned to look with alert eyes at the family gardens, the usual ones. So, from above, they looked so different... Almost oblivious just like the astronomer Green, Carlos was looking for new constellations, associated objects in prodigious combinations. And then, when he met the other, he would transcribe it in that peculiar way that also made him close to those who had never left the everyday space. Yes. What fascinated me about those works was their extraordinary position on the margin, in that narrow strip that is not here and is not there, as if when talking about the kashba, when representing that Last Emperor or immersing ourselves in a Cloister, there was an imperious need to translate the world, to decipher the world, and in doing so, to invent it again. Like Banks, Parkinson and Buchman, Carlos had spent time collecting samples of civilization, bits, traces, and, as happens in the chambers of wonders, as happens in the first enlightened expeditions, his works created that miraculous space where naturalia and artificialia -things built by nature and things built by the hand of man- coexisted comfortably. It was necessary to order the world and, as it had become so big, suddenly, as spaces and concepts were missing, Carlos had put the treasured objects in boxes, just to try to reorganize the universe. They were trapped in those spaces, in a forceful and delicate way. His eagerness seemed poetic rather than scientific. Each space was a verse and each object hurt a little, just as words hurt as they come out. Each object, next to another unexpected, surprising one, gave the viewer the impression of having always been there, where it was, in that box. And yet, despite their appearance, these were not boxes. He sees it now, as I think back to my visit that morning. Carlos built places to look at the world. Sometimes, as in Letters to Childhood, he invited us to look inside, to enter the place. Others, more secretly, he blinded the vision, closed the doors. And on some occasions, it was the places that, like windows, leaned out towards our places. A game of places, finally, a fractal game, in which what is inside and what is outside merge and get confused in its disturbing proposal: places from which to look at the world. Or the worlds, rather, because as enlightened explorers understood, each window can open infinite possibilities.*